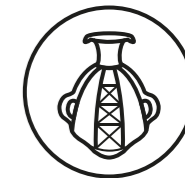




DOSSIER:
«CLAUDIO MALO:
ANTROPÓLOGO Y
EDUCADOR»



«LA ARTESANÍA ES UNA CREACIÓN DONDE LO ÚTIL Y LO BELLO SE MEZCLAN»

[ÚLTIMA ENTREVISTA A CLAUDIO MALO]

Este diálogo estaba previsto desde que iniciamos el trabajo al frente de *Coloquio*, no solo porque sabíamos del delicado estado de salud de Claudio Malo, sino porque nos parecía importante escuchar cuál sería el último repaso de su vida. Al fin y al cabo, es un hombre clave en la historia del CIDAP, en la creación de la Universidad del Azuay y en la vida cultural de Cuenca. Para no fatigar al entrevistado, la conversación se desarrolló en dos momentos: el 29 de agosto y el 5 de septiembre de 2022, siempre bajo la mirada atenta de su esposa Cecilia (Cuca) Tamariz. En ambas ocasiones, Claudio nos recibe sentado en un sofá en la sala de su casa, junto a un hermoso ventanal con vista al noroeste de la ciudad. A pesar de la enfermedad, no ha perdido su apostura ni su buen humor. «¿Me está grabando?», me pregunta en la primera cita, mientras acomodo el celular en la mesa. «Sí, debo hacerlo», le respondo. «¡Ah, ya! Para no decir malas palabras» [risas]. Claudio Malo murió apenas unas semanas después, el 30 de octubre de 2022.

CLAUDIO EN MICRO

Claudio Malo González (Cuenca, 1936-2022). Doctor en Filosofía por la Universidad de Cuenca. Estudios de posgrado en Jurisprudencia Norteamericana (Washington University of Saint Louis, Missouri), en Antropología Cultural (St. Xaviers College, Chicago, Illinois), en Administración Municipal y Desarrollo Rural-Urbano (Instituto de Administración Local, Madrid). Ministro de Educación y Cultura, diputado, concejal de Cuenca y consejero provincial del Azuay. Director histórico del Centro Interamericano de Artesanías y Artes Populares (CIDAP), subdecano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Cuenca, y uno de los más emblemáticos fundadores, docentes y directivos de la Universidad del Azuay.

CO: Claudio, sin duda, usted es un hijo directo y dilecto de la entonces flamante Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Cuenca, cuando la Facultad tenía una ilustre planta docente de profesores españoles; entiendo que esa etapa fue determinante en su formación

CM: Yo siempre tuve un interés especial por las Humanidades, por el humanismo; pero también me atraía el Derecho, sobre todo, considerando el aspecto práctico de la vida, de modo que me matriculé en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Cuenca y, al mismo tiempo, en la Facultad de Derecho. Entonces, Carlos Cueva Tamariz, rector de la Universidad de Cuenca, aprovechó la coyuntura del franquismo, que había expulsado o forzado al exilio a numerosos catedráticos e intelectuales españoles, e integró a varios de ellos a la flamante Facultad: Francisco Álvarez González discípulo de Ortega y Gasset; Luis Fradejas Sánchez, profesor de Lengua y Literatura; Silvino González Fontaneda y José López Rueda tuvieron a su cargo las cátedras de Latín y Griego, respectivamente. También tuve la oportunidad de asistir a las clases de un cuencano que estudió en España y que tenía un talento especial, Gabriel Cevallos García, otro de los pilares de la Facultad de Filosofía. Mi carrera universitaria me permitió enfoques más avanzados, realmente universales, por la gran formación académica de esos maestros.

CO: ¿Concluyó sus estudios de Derecho?

CM: Egresé de Derecho, pero no me gradué porque en la carrera de Filosofía se abrieron posibilidades profesionales, como la educación secundaria por la que opté en un inicio.

CO: De ese periodo de estudiante universitario, ¿qué compañeros de aula o coetáneos tuvieron una relevancia posterior en la vida cultural de la ciudad?

CM: Uno de ellos fue Alejandro Serrano Aguilar, que había estudiado Ingeniería y Filosofía, y fue el primer decano de Filosofía local, luego de los españoles Luis Fradejas y Francisco Álvarez.

CO: ¿Efraín Jara es anterior?

CM: Efraín Jara Idrovo es un caso excepcional. Su formación literaria era extraordinaria, aunque se había graduado en Derecho, pues no existía aún la Facultad de Filosofía. Entonces, los humanistas encontraban en la carrera de Derecho lo más próximo a su área de interés. Efraín Jara se fue vivir a Galápagos, y a su retorno ingresó en la Facultad de Filosofía.

CO: Claudio, ¿cómo ocurre su vinculación con el CIDAP?, ¿cómo se gesta esta institución importante en la vida cultural de la ciudad y la región?

CM: En los años setenta, la Organización de Estados Americanos (OEA) empezó a establecer instituciones vinculadas a alguna área cultural en distintas ciudades del continente. Entonces, considerando que la artesanía es una expresión estética importante de la cultura popular, decidió crear el CIDAP. Se hicieron una serie de gestiones para que la sede, en lugar de ser Quito como solía suceder, sea Cuenca, tomando en cuenta el especial desarrollo de las artesanías en nuestra ciudad. Así se creó el CIDAP. Gerardo Martínez Espinoza fue el primer director administrativo de la entidad. Daniel Rubín de la Borbolla, un antropólogo mexicano de extraordinario nivel, que creó la Facultad de Antropología de la UNAM, vino para organizar académicamente el CIDAP.

D

Como yo me había dedicado a la antropología, hice contacto con el doctor De la Borbolla, y él me llevó a trabajar en el CIDAP como su ayudante. Así pasé más de treinta años en la institución.

CO: Previamente usted había viajado a México, conocía algunas experiencias museográficas y académicas vinculadas a la antropología y la artesanía...

CM: Sí, yo había hecho un par de viajes a México, precisamente por mi interés especial en la antropología cultural. Yo soy doctor en Filosofía, pero antes que la elucubración me ha interesado saber qué es el ser humano y cuáles son sus dimensiones. Durante los dos años que viví en Chicago, a fines de los sesenta, me dediqué al conocimiento de la antropología. Mi relación con Rubín de la Borbolla enriqueció mucho mi visión de la antropología como una concepción del hombre, no teórica sino real, partiendo de que el hombre se distingue por ser el único animal que crea y funciona en el ámbito de la cultura. Desde esa perspectiva, me dediqué al análisis de la cultura popular. El doctor Rubín de la Borbolla fue un pionero en el estudio de la cultura popular en México, de aquellas manifestaciones espontáneas que contribuyen a organizar la vida de los múltiples grupos y comunidades, que expresan sus contenidos estéticos y necesidades utilitarias a través de la artesanía.

Claudio, cuando las fronteras entre arte y artesanía se han vuelto tan porosas, cabe preguntarse qué es la artesanía

CM: La artesanía es una creación del ser humano donde lo útil y lo bello se mezclan.

CO: Preciso y conciso. Ahora, si le parece, repasemos brevemente su itinerario en la cátedra universitaria

CM: Claro. Yo empecé a enseñar en la Universidad de Cuenca en 1964. Poco después surgió la posibilidad de crear una Universidad Católica en la ciudad. Gabriel Cevallos García fue una de las personas que acogió este proyecto. Cuando regresé de Chicago ya habían decidi-

do instaurar esta Universidad partiendo de la existencia del Seminario Superior donde se ofrecían cursos de tercer nivel, aunque no tenían el reconocimiento académico. Así surgió la Universidad Católica, con el larguísimo nombre de Instituto Superior de Filosofía de la Universidad Católica de Santiago de Guayaquil en Cuenca. Esto, debido a que monseñor Serrano tenía especial amistad con monseñor Mosquera, arzobispo de Guayaquil, quien apoyó esta iniciativa. Yo fui uno de los fundadores. Luego ocurre una coyuntura, a mi hermano Hernán le nombran rector de la Universidad Católica de Quito, y esa vinculación permite al Instituto adscribirse a ella con el nombre de Pontificia Universidad Católica del Ecuador, sede en Cuenca.

La primera facultad que se creó fue la de Filosofía, y luego la de Administración de Empresas, una carrera nueva en la ciudad que ofrecía una alternativa a quienes habían estudiado Contabilidad en la secundaria. Fui nombrado Vicerrector Académico, lo que implicaba labores sobre la definición de la fisonomía de las nuevas carreras que se aspiraba a crear, y la vinculación con otras universidades. Años después, la institución toma el nombre de Universidad del Azuay. Yo estuve allí hasta el 2012, hace diez años.

Inicialmente, la Universidad funcionó en el seminario de Monay, que tenía una muy buena infraestructura física, pero en esa época, en el año 68, ir a Monay en las noches era todo un viaje. Cuando se creó Administración de Empresas llegamos a un acuerdo con las Marianitas, y se estableció allí. Luego Filosofía llegó a un acuerdo con las Catalinas y allí funcionó varios años.

CO: Ya ha nombrado usted a este personaje clave en el desarrollo de la Universidad del Azuay, en la comprensión de la universidad ecuatoriana y, por supuesto, en la historia familiar: Hernán Malo. ¿Qué recuerdos, qué notas sobresalientes o características destacaría de su hermano Hernán?

CM: Hernán optó por hacerse sacerdote jesuita. En Quito estudió en el Instituto Superior de Humanidades Clásicas, bajo la tutoría de Aurelio Espinosa Pólit. Luego



D

le enviaron a estudiar Filosofía en Innsbruck, en el Tirol. Allí enseñaba el papa Benedicto XVI y fue profesor de Hernán. Después continuó sus estudios de Filosofía en Roma. Se quedó cinco años en Europa. Cuando regresó a Quito ya se había constituido la Universidad Católica y lo destinaron a la enseñanza de Filosofía Antigua y Ética en la Facultad de Filosofía. Con el tiempo se convirtió en rector durante dos periodos.

CO: Hernán era un hombre de avanzada, en términos intelectuales y políticos, parece que eso le creó conflictos dentro de la orden y de la Universidad Católica de Quito

CM: Así es. Eso creó conflictos dentro de la Iglesia. Aunque nunca abandonó la Compañía de Jesús, se dedicó a ejercer la cátedra universitaria de manera más independiente.

CO: Luego regresa a Cuenca y juega un papel decisivo en el desarrollo de la Universidad de Azuay

CM: Sí. Vivió en la casa de mis padres siendo todavía sacerdote, pero sin ser parte de ninguna orden, hasta su muerte en 1983.

CO: Claudio, sin duda, un capítulo importante de su vida constituye el tiempo que estuvo al frente del Ministerio de Educación y Cultura, entre 1981 y 1983. ¿Qué recuerda de ese periodo, ¿cuáles cree que fueron los hitos sobresalientes de su gestión?

CM: El trabajo en un espacio como el Ministerio de Educación y Cultura ofrece muchas posibilidades y también múltiples conflictos. En ese tiempo, la Unión Nacional de Educadores (UNE) tenía mucha fuerza y era un frente de oposición complejo, que obligaba a confrontaciones y negociaciones permanentes. A mí, la oposición de la UNE me impidió trasladar a la realidad una serie de proyectos y planes que tenía en mente. Pero esta experiencia me enseñó que parte de la vida es enfrentar y vencer los obstáculos. En todo caso, durante esos dos años me empeñé en intensificar la campaña de alfabetización y tuvimos mucho éxito en ese propósito, pues

bajamos las cifras de analfabetismo del 25 al 14 %. Por esos años, Ecuador era uno de los países con mayor índice de analfabetismo en Latinoamérica. Por otro lado, siendo el Ecuador un país plurinacional, con formas de vida tan distintas entre la ciudad y el campo, y en las tres regiones continentales, debimos afrontar una serie de carencias y dificultades materiales y de infraestructura para cumplir nuestro objetivo. Además, dejamos instalada una maquinaria para que el proceso continúe y se desarrolle en el futuro sin mayores contratiempos.

En mi desempeño en el Ministerio me sirvió mucho la práctica que, desde muy joven, tuve como profesor de educación secundaria, pues esa experiencia me ayudó entender el funcionamiento del sistema educativo.

CO: Revisando la documentación fotográfica de su actividad en el Ministerio, se ve que estuvo en permanente movimiento, viajando mucho dentro del país; en particular, pareciera que focalizó su atención en la Amazonia

CM: A través de la artesanía yo había tenido una relación cercana con el grupo Chual de Sucúa. Lo que ocurre es que desde el Ministerio nos planteamos que la alfabetización debía llevarse a cabo tanto en español, como en las distintas lenguas nativas, pues cada grupo humano vive circunstancias antropológicas distintas.

CO: Quiero terminar este encuentro preguntándole si hay un libro que usted considera determinante en su vida, en su visión del mundo. ¿Se animaría a elegir un título?

CM: No sé si me animaría [risas]. Hay un autor que por su modernidad influyó mucho en mí, se trata de Ortega y Gasset, a quien conocí a través de Luis Fradejas Sánchez. Ortega fue un filósofo con una visión literaria y creativa muy alta, y fue muy importante en mi comprensión de la filosofía y del mundo.



Claudio Malo dedicando uno de sus libros, 29 de agosto de 2022

INTRODUCCIÓN: CLAUDIO MALO Y LA CULTURA POPULAR

Gabriela Eljuri Jaramillo*

Abridor de caminos y maestro, fue la expresión que me evocó la noticia de la muerte de Claudio Malo González; con ello me refería a esos personajes que marcan la vida de otros, que guían, que motivan, que incitan e ilusionan para que las cosas tomen determinados rumbos. Claudio Malo, sin duda, abrió caminos y encendió la chispa de quienes pasaron por sus aulas o compartieron espacios de trabajo. Abrir caminos propicia también el encuentro; por ese motivo, el Consejo Editorial de la revista *Coloquio* decidió que el dossier de este número gire en torno a Claudio Malo González y parte de ese mundo que nos invitó a pensar, dialogar e imaginar.

En este homenaje, son múltiples las aristas que podrían abarcarse; sin embargo, los testimonios planteados por Dora Giordano y Joaquín Moreno nos recuerdan esos caminos de pensamiento que travesó Claudio Malo, las reflexiones y puentes que edificó, entre otros: la cultura popular, el diseño, la artesanía y la educación. Nos recuerdan también el mundo de afectos y relaciones humanas que construyó en su vida. Estos artículos, sumados a la entrevista realizada por Cristóbal Zapata, constituyen no solo un homenaje al amigo, al colega, al maestro, sino una forma de recordar que los caminos del presente siempre fueron abiertos por otros.

Entre los temas que ocuparon gran parte de la vida de Claudio Malo se encuentran las artesanías y la cultura popular. Si el término cultura es complejo y polisémico, más aún es «lo popular»; no obstante, en la claridad y sencillez —que no se debe confundir con simpleza— que caracterizó a la producción intelectual de Claudio, lo popular fue abordado como la cultura que había sido históricamente invisibilizada, o subordinada, frente al peso de lo occidental y la imitación de lo europeo.

La cultura popular, en el pensamiento de Malo González, es aquella que ha sabido conjugar diferentes expresiones y que —a pesar del peso de la cultura dominante— ha sobrevivido con mucha vitalidad en el diálogo

e intercambio constante entre lo popular y lo elitista. Una forma de cultura que, a su criterio, surge del mestizaje y, por tanto, se distingue a lo vernáculo, anclado con mayor fuerza en la herencia indígena.

Antes que proponer una definición de la cultura popular, Claudio Malo supo ubicarla y explicarla a partir de su distinción y correlación con la cultura elitista y, por tanto, hegemónica. Decía que, en el pasado, hablar de cultura popular hubiese resultado un sinsentido, porque la noción de pueblo o vulgo aparecía como la negación de la cultura. Educar había sido sinónimo de europeizar, por ello insistió, tanto en la cátedra como en su calidad de Ministro de Educación, y en las acciones que emprendió desde la dirección del CIDAP, en poner en valor la cultura popular y sus diversas formas de expresión, cuyos portadores o detentores conforman amplios sectores de la población, ajenos al poder político, económico y religioso.

Para Claudio Malo, la identidad en América Latina se encontraría de manera potente en la cultura popular, pues la cultura elitista que, a su criterio, tampoco existe aislada de la popular, se ha limitado, en la mayoría de los casos, a copiar patrones llegados de fuera; mientras que la cultura popular tendería a la conservación y al mantenimiento. No obstante, desde su mirada siempre antropológica, recalcó en el carácter dinámico y cambiante de la cultura y, por ende, también de la cultura popular.

En su pasión por las artesanías, Malo comprendió que estas no podían ser estudiadas al margen de la vida social que, de maneras diversas, es su sustento y contenedor; por ello, insistió en que la labor del CIDAP, encaminada a la salvaguarda de las artes populares, no podría prescindir de la investigación de la cultura popular.

Por otra parte, planteaba que, pese al impacto que había conllevado la industrialización en el mundo artesanal, las artesanías en la contemporaneidad no subsistirían como oposición a la industria sino como alternativa a ella, en la medida en que son portadoras

de identidad y de lo que implica una producción única, no seriada, sino proyección de la mano humana. Creía que, en el ánimo de conservar las técnicas artesanales, el diseño cumple un rol fundamental y, en ese sentido, tenía la convicción de que los diseñadores deberían dialogar con la antropología.

Constantemente, en sus escritos e intervenciones, Claudio Malo recurría a Octavio Paz y su ensayo capital sobre la artesanía: «El uso y la contemplación», al afirmar que lo que caracterizaba a la artesanía y, posiblemente, podría marcar su fina línea de distinción con el arte, sería la complicidad entre lo útil y lo bello.

Claudio Malo fue una voz potente en el país y en América Latina en la defensa de las artesanías y la cultura popular, consolidó la reserva museológica de artesanías americanas más importante del país, uno de los mejores centros documentales de artes y cultura popular de América; bajo su dirección se concretó una línea de investigaciones y publicaciones importantísima sobre la cultura popular y las artesanías, referente para los investigadores de la región. Apoyó con mucha ilusión la Feria Excelencia Artesanal, germen del actual Festival de Artesanías de América, el espacio más destacado de comercialización y promoción de artesanías en el país.

Claudio Malo abrió caminos porque en la época en que consideró importantes estos temas, pocas personas e instituciones lo hacían. Claudio se vinculó con la antropología cultural a finales de los años sesenta, cuando enseñaba «Realidad Latinoamericana» en Saint Xavier College, en Estados Unidos, y destinó parte de su tiempo para asistir a clases y cursos de antropología cultural en Chicago; para ese entonces, en Ecuador aún no existía la Carrera de Antropología, cuyo Departamento en la PUCE-Quito, promovido y creado por su hermano, Hernán Malo, no vería sus primeros graduados sino hasta una década después, en 1977. Es decir, el vínculo de Claudio con la antropología coincide con la época de los pioneros de la disciplina en el país. En términos generales, en sus primeras décadas, la antropología ecuatoriana se desplegó hacia los estudios étnicos con énfasis en temas indígenas. Claudio, si bien se interesó

D

por comprender el pensamiento indigenista ecuatoriano —materia de uno de sus libros—, centró su interés en el mundo mestizo y en la denominada cultura popular.

A la par, entre los años cuarenta y cincuenta primaba el proyecto ideológico de la «identidad nacional», que miraba al Ecuador como cultural y lingüísticamente homogéneo. No obstante, las décadas de los sesenta y setenta vieron emerger un interés no masivo, pero sí significativo, sobre las culturas tradicionales. La Casa de la Cultura Ecuatoriana creó el Instituto Ecuatoriano de Folklore (1961), marcado por la presencia del folclorista brasileño Paulo de Carvalho-Neto, cuya influencia repercutió en destacados estudiosos de las tradiciones, entre ellos: Leonardo y Elvia Tejada, Vicente Mena, Cristina Houser, Olga Fisch, Oswaldo Viteri, los esposos Piedad y Alfredo Costales, Carlos Ramírez Salcedo, Patricio Muñoz, Manuel Agustín Landívar y Eulalia Vintimilla.

Poco después, la Organización de Estados Americanos (OEA) promulgó la Carta del Folklore Americano (1970) y la Carta Interamericana de las Artesanías y las Artes Populares (1973), de cuyas recomendaciones devino la creación, en 1975, del Centro Interamericano de Artesanías y Artes Populares (CIDAP), con sede en Cuenca. La dirección inicial del CIDAP estuvo a cargo de Daniel Rubín de la Borbolla, destacado humanista y antropólogo mexicano que marcaría la trayectoria de varios intelectuales, como Claudio Malo. Dos años después, en 1977, al amparo del Convenio Andrés Bello y en el contexto de los procesos de integración, se creó el Instituto Andino de Artes Populares (IADAP) en Quito.

El CIDAP, el IADAP y el Instituto Ecuatoriano de Folklore fueron las instituciones que, a nivel nacional, más contribuyeron a la investigación, difusión y revalorización del entonces denominado folklore o de la cultura popular. Claudio Malo es parte de estos primeros intentos en el país por registrar, investigar y salvaguardar los saberes y prácticas tradicionales que forman parte del patrimonio cultural inmaterial, mismo que no sería reconocido por la UNESCO sino hasta tres décadas después, en 2003.

Cabe anotar que, a nivel nacional, el reconocimiento de este tipo de patrimonio y, en general, de los patrimonios diversos, es reciente y deviene de la lucha del movimiento indígena de los años ochenta y noventa, y de los esfuerzos internacionales por el reconocimiento de la diversidad, fundamentales para que la Asamblea Constituyente del 98, de la cual Claudio Malo también fue parte, reconocca al Ecuador como Estado pluricultural y multiétnico.

En síntesis, Claudio Malo figuró entre los pioneros del Ecuador en abordar la cultura popular y, seguramente, uno de los referentes del continente en el campo de las artesanías. Fue, quizá, la primera persona en hablar de antropología en la ciudad de Cuenca. Lo que hoy se entiende como patrimonio cultural inmaterial, y los avances que los Estados e instituciones han realizado en la materia, no son más que el cúmulo y ampliación de esfuerzos de varias décadas por el reconocimiento de la diversidad cultural y los saberes y prácticas populares y tradicionales; esfuerzos en los que Claudio Malo trabajó con pasión e, indudablemente, abrió caminos para la reflexión, la educación, la investigación y la salvaguarda... caminos para que otros los sigamos transitando.

* **Gabriela Eljuri.** Docente-investigadora de la Universidad del Azuay. Antropóloga, doctora en Sociedad y Cultura por la Universidad de Barcelona. Ha investigado, por varios años, temas de patrimonio cultural, patrimonio inmaterial y usos de la ciudad.



Daniel Rubín de la Borbolla en la zona arqueológica de Tzintzuntzan, Michoacán, México, c. 1980.
Cortesía de Sol Rubín de la Borbolla

DANIEL RUBÍN DE LA BORBOLLA Y CLAUDIO MALO GONZÁLEZ: DOS PILARES FUNDAMENTALES DEL CIDAP

Sol Rubín de la Borbolla*

Al revisar publicaciones y documentos para escribir este artículo, recordé con agradecimiento a los amigos del Ecuador, en especial de Cuenca y el CIDAP, a don Gerardo Martínez, primer director de esta institución, así como a los maestros Alfonso Soto Soria y Omar Arroyo, a los artesanos que conocí a través de los cursos por todo lo aprendido; a mi papá, Daniel Rubín de la Borbolla, y a Claudio Malo González, por sus interminables pláticas de arte popular, cuando mi madre no los llevaba al terreno de la ciencia política.

En la *Carta Interamericana de las Artesanías y las Artes Populares* (OEA, 1973), se especifica el acuerdo de «...ejecutar proyectos de protección y fomento al folklore dentro del Programa Regional de Desarrollo Cultural y el establecimiento por la OEA de un Centro Multinacional de Artesanía en uno de los países de rica tradición en las artes populares...» (p. ii).

Este documento de intención y la necesidad de una institución que desde una óptica interamericana estudiara y promoviera la difusión y valoración de las artes populares en su conjunto dieron lugar al nacimiento del CIDAP, que en su desarrollo ejecutó uno de los programas más exitosos, los Cursos de Diseño Artesanal, tanto para artesanos como para diseñadores y especialistas. De estos cursos, la institución debe sentirse muy orgullosa al acercar y formar personas provenientes de diferentes países de América Latina que hoy son grandes maestros artesanos, funcionarios públicos con un entendimiento y sensibilidad sobre la producción artesanal, investigadores y maestros que han continuado la labor del CIDAP por toda América.

Tantos nombres de personajes que participaron en esta primera etapa de creación y consolidación posterior del CIDAP merecen que sus nombres sean recordados en una memoria institucional. En este artículo solo pretendo, desde la lejanía, recordar la labor de algunos de ellos, principalmente la de Claudio Malo con motivo de su reciente fallecimiento. Me parece que la mejor manera de hacerlo es recogiendo las palabras

D

de algunos de estos personajes a través de diferentes publicaciones, más o menos especializadas, de no fácil acceso para el público en general.

Luego del fallecimiento de mi padre en diciembre de 1990, la Universidad Nacional Autónoma de México encargó a la historiadora Bertha Abraham una serie de entrevistas en México, con miras a publicar un libro que apareció por primera vez en 1991 con el título de *Daniel F. Rubín de la Borbolla, su legado a la cultura. Testimonios*, publicación reimpressa en el año de 2022 por la UNAM, con algunas adiciones.

En dicha publicación aparece la entrevista realizada al unísono en la ciudad de Toluca, a Claudio Malo y Alfonso Soto Soria. En ella, Malo cuenta cómo participó de manera indirecta para lograr que el Ecuador, en especial la ciudad de Cuenca, fuera la sede de la institución que se había acordado crear durante la reunión en la que se aprobó la *Carta Interamericana de las Artesanías y las Artes Populares*; en sus palabras:

...me enteré que venía a organizarlo en plan «científico», diría yo, el doctor Daniel Rubín de la Borbolla, de quien había oído hablar, pero no lo conocía personalmente...[serían presentados por un amigo común argentino posteriormente], me invitó a colaborar en el CIDAP, en calidad de investigador. Él tenía una idea muy persistente: un censo artesanal, no tanto para saber cuántos artesanos había en tal o cual zona, sino para desarrollar una metodología de censo artesanal, porque el doctor pretendía que, en el CIDAP, en plan de investigación, se hicieran programas modelo que luego podrían aplicarse en cualquier parte de América. No se trataba del fin último de la investigación, sino de elaborar algo aplicable a cualquier otra parte; ese fue mi primer encuentro con el doctor De la Borbolla ... el hecho es que yo pienso que el doctor Rubín de la Borbolla nunca me lo dijo, pero tenía una estrategia interesante: dar oportunidades a las personas, y según como ellas las cumplieran, las volvía a llamar, a veces dándoles mayor responsabilidad, o ya no lo volvía

a hacer. Terminé esta primera investigación y me pidió que ampliara el área de censo; es decir, me renovó el contrato de investigación. Mientras tanto organizaba cursos para especialistas en arte popular. Al comienzo, en el curso que impartí y dirigí personalmente, me pidió que diera unas tres o cuatro conferencias. Entiendo que le gustaron. El siguiente era un curso con énfasis en trabajo de campo, de manera que los becarios debían pasar cuatro semanas en Chordeleg —una zona cercana a Cuenca— realizando prácticas de trabajo de campo. El doctor, por sus ocupaciones y su responsabilidad en el CIDAP, no podía ir a vivir en ese pueblo y me confió las cuatro semanas de trabajo, de manera que se siguió adelante. Posteriormente, pidió al director administrativo del CIDAP, Gerardo Martínez, un asistente y que me nombraran a mí, lo cual hizo que mi vinculación con el CIDAP, a través del doctor Rubín de la Borbolla, dejara de ser de contrato por resultados de tal o cual investigación, sino por algo más permanente. Nunca me lo dijo, pero creo que él ya pensaba retirarse de esta asesoría, volver a México y dejar a alguien en su lugar...» (p. 283-290)

De esa misma publicación tomé otros párrafos que me parecieron interesantes para darle contexto al nacimiento del CIDAP.

En la entrevista a Inés Chamorro, colombiana y funcionaria del área cultural de la OEA en el tiempo en el que se creó el CIDAP, ella hace un recuento de cómo conoció a mi padre y del último encuentro con él:

Trabajar en esta conversación ahora ha sido revivir épocas maravillosas al lado del maestro, sentirlo muy cerca, muy en especial por la sensación del último encuentro, visita y homenaje que le rendimos para hacer entrega personal del saludo suscrito por los participantes en el IV Seminario Iberoamericano de Cooperación en Artesanía celebrado en Costa Rica (26 de noviembre a 1 de diciembre de 1990), con motivo del primer

Premio Tenerife para el Fomento y la Investigación de la Artesanía de España y América, que le fuera otorgado en noviembre del mismo año por el Centro de la Orotava, el Programa Iberoamericano de Cooperación en Artesanía del Ministerio de Industria y Energía y otras entidades españolas participantes en las conmemoraciones del V Centenario. La entrega se efectuó el 5 de diciembre en la residencia del maestro y su esposa, la socióloga Sol Arguedas, en ceremonia muy íntima a la que concurrimos María Esther Echeverría y Esperanza Salinas, directora y consejera del Fondo Nacional de Artesanías (Fonart), Alfonso Soto Soria, profesor del CIDAP y heredero de muchos de los caminos señalados por el doctor Rubín de la Borbolla, y la suscrita. Es muy difícil describir la emoción que sentí al ver por primera vez en la actitud de «he cumplido mi misión» a uno de los gestores, quizá el más grande, de la lucha para valorizar, dar significado y utilizar la fuerza y la dinámica de la cultura popular de América Latina en sus propios procesos históricos y de desarrollo endógeno. Presentí que esta sería la última vez que nos veríamos y, en efecto recibí con gran dolor la noticia de su fallecimiento ocurrido el 12 de diciembre de 1990, pocos días después de mi visita, pero, a la vez, con la alegría de haber presenciado y ser partícipe de una de las etapas más importantes de la vida de este distinguido pensador mexicano, orgullo de los pueblos de América.

[...]

...[Don Daniel] Visualizaba al CIDAP como al núcleo vivo y dinámico de todo tipo de información y documentación y muestra de las principales artesanías de los países americanos, con sus técnicas, procesos y herramientas, como fuente para la creación del «Museo de Arte Popular de las Américas», cuyos lineamientos también trazó. Consideraba que el Centro no debería hacerlo todo, sino crear modelos y guías para investigaciones inherentes al sector, incluyendo los

censo y el mercadeo, para los cuales preparó su metodología... (pp. 291-294).

De la *Memoria del XII Curso de Diseño Artesanal Daniel Rubín de la Borbolla* (CDRB, 1993), celebrado en la ciudad de Pátzcuaro, en 1993, tomo algunas palabras del discurso de apertura de Claudio Malo:

...Varios son los caminos para trasladar de las ideas a los hechos la integración, en este caso americana: evidentemente la política, la economía y la vía de la cultura. No pecamos de exagerados y teóricos cuando decimos que la cultura carece de fronteras, pero una política integracionista debe enfatizar en este aserto, fomentar el mejor conocimiento de los pueblos y las satisfacciones que surgen de la toma de conciencia de las comunidades de ideales y apetencias no materiales que hay entre los hombres, sobre todo si es que existen elementos unificadores como el idioma, la religión, la historia y la visión de la realidad...

[...]

La organización de Estados Americanos fue desde hace algunas décadas consciente de esta situación, y junto a las secciones de índole política, económica y social, conformó una división de educación, ciencia y cultura. Siguiendo los dictámenes de una vieja tradición, la cultura se identificaba con las sobresalientes realizaciones en el campo de las artes de aquellas minorías a quienes el orden establecido y los detentadores del poder político y económico calificaban como cultas, adquiriendo por contraste el apelativo de incultas las grandes mayorías. El desarrollo de la Antropología Cultural y su expansión contribuyó a superar esta injusticia. El término «cultura popular» deja, entonces, de ser un contrasentido en los países y logra carta de naturalización como algo diferente a la cultura elitista u oficial. Si es que era necesario fomentar la difusión de la cultura, del conocimiento y la interrelación de sus valores en el ámbito tradicional, era evidente que tenía pleno sentido que se hiciera algo similar con

la cultura popular, y así nació el Centro Interamericano de Artesanías y Arte Popular como un organismo especializado de la OEA y mediante un convenio con el gobierno de Ecuador para estudiar, difundir y revalorizar las artesanías y el arte popular, partes de gran importancia en el universo de la cultura popular. (pp. 3-4)

Seguramente el CIDAP ha inspirado la creación de otras instituciones a su semejanza; nosotros, en el Centro de Documentación Daniel Rubín de la Borbolla, hoy en día ONG consultora para temas de Patrimonio Cultural Inmaterial de la UNESCO, tuvimos en el inicio el apoyo generoso de Claudio Malo del CIDAP y su personal, así como del Centro en la Orotava, España.

En estos breves acercamientos a los dos personajes que tuvieron una actuación fundamental en la conceptualización y consolidación de la institución que es hoy el CIDAP, busqué mostrar cuáles fueron los inicios del CIDAP y de la estrecha relación profesional y de amistad que surgió entre Claudio Malo y Daniel Rubín de la Borbolla.

Termino este artículo con la pena de enterarme del reciente fallecimiento del maestro Omar Arroyo, uno de los iniciadores, y durante varios años maestro de Diseño Artesanal en los diferentes cursos del CIDAP, seguramente muchas de las personas que lean este artículo lo recordarán con estimación y agradecimiento.

*Centro Daniel Rubín de la Borbolla a. c.
Ciudad de México, enero de 2023*

REFERENCIAS

- Abraham Jalil, B. (2022). *Daniel Rubín de la Borbolla, su legado a la cultura. Testimonios*; Universidad Autónoma del Estado de México.
- CDRB. (Ed.). (1993). *Memoria del XII Curso de Diseño Artesanal Daniel Rubín de la Borbolla*. Pátzcuaro, México: Instituto Indigenista, OEA, CIDAP, Centro de Documentación Daniel Rubín de la Borbolla.
- OEA. (Ed.). (1973). *Carta interamericana de las Artesanías y las Artes Populares*, Washington D. C.

D



Cecilia Tamariz, Sol Rubín de la Borbolla y Claudio Malo en su casa en Cuenca, noviembre de 2019. Cortesía de Sol Rubín de la Borbolla

* **Sol Rubín de la Borbolla.** Médico cirujano con estudios de maestría en investigación en Salud Pública y Antropología, cursos y diplomados en Historia y Dirección de Museos. Entre 1998 y 2002 fue directora del Museo Nacional de Culturas Populares. Actualmente dirige del Centro Daniel Rubín de la Borbolla. Es profesora de Historia y Geografía del Patrimonio Cultural Mexicano en la UNAM; miembro del Órgano Evaluador de candidaturas para Patrimonio Cultural Intangible de la UNESCO y vicepresidenta del Conservatorio de la Cultura Gastronómica de México.

CLAUDIO MALO: VIVIR LA ANTROPOLOGÍA

Joaquín Moreno Aguilar*

Tan solo voy a esbozar algunas facetas del educador y antropólogo Claudio Malo González. Comienzo en una fecha y en un lugar lejanos.

El Valle del Amanecer

Es agosto de 1987. Claudio, su esposa Cuca, quien escribe esto y alguien más que tuvo la gentileza de conducirnos, atravesamos el Planalto brasileño desde Brasilia hacia «El Valle del Amanecer».

Ese destino lo eligió Claudio. Había averiguado de este lugar, fundado pocos años antes por Tía Neiva, la primera camionera de Brasil, una mujer que llegó, como tantas otras personas, a construir esa ciudad con forma de ave que es Brasilia. Y quería conocerlo. No era un sencillo viaje turístico, más bien, se trataba de una gira antropológica.

El Valle era —no sé cómo llamarlo— ¿una ciudad mística? El sustantivo no es el adecuado, porque no era realmente una ciudad, sino tan solo unas pocas construcciones que albergaban a los seguidores de Tía Neiva. Tampoco al adjetivo lo siento exacto. Mejor describo lo que recuerdo.

Había una pirámide, seleccionada por su poder concentrador de energía; había símbolos e imágenes religiosas, católicas, hindúes, indígenas, africanas, que expresaban un gran sincretismo.

Sin ninguna clase de restricciones nos permitieron pasar al salón principal donde en una mesa como de una sala de sesiones, varias médiums practicaban alguna ceremonia para unos fieles en torno a ella. Vestían trajes de telas brillantes y de múltiples colores que, después, supe representaban a príncipes mayas, samaritanos, aztecas, griegos, egipcios.

D



Anónimo, *Escultura humana*, madera y plumas, Brasil. Colección CIDAP

Me llamó la atención profundamente que los fieles sobre los cuales las médiums actuaban imponiéndoles las manos, y no sé qué otra clase de acciones, estaban en momentos de vivencia fuertes. Esto se podía apreciar en sus rostros.

Antes de salir de ese salón nos invitaron a pasar entre cinco médiums sentadas para que nos extrajeran la energía negativa. Yo estaba en la fila y quise salirme de ella. Claudio, con cariñosa firmeza, me dijo que la experiencia tenía que ser completa.

Claudio no solo enseñaba Antropología, la vivía. Ya sea en «El Valle del Amanecer», en un rodeo montuño en Ponce Enríquez, o en una comida con sus amigos shuaras en Macas; por mencionar algunas de las experiencias que tuve con él.

Vivía la antropología y quería transmitir esa amplitud mental hacia otras culturas de muchas maneras. Eso explica que, con frecuencia, en su despacho del CIDAP tuviera hormigas culonas colombianas o chapulines mexicanos para ofrecerlos a visitantes sorprendidos. No llegué a probar las hormigas. Algún chapulín sí, y me supo a plástico con alguna clase de aliño.

Afortunadamente, sus escritos antropológicos son abundantes y en ellos podemos leer lo que pensaba y practicaba. No tiene sentido que me extienda en ello; prefiero pasar a otros momentos, a otras imágenes que nos muestren más aspectos de su personalidad.

Más abierto que el cielo

Mario Jaramillo le pidió a Claudio que escribiese la letra del himno para la Universidad del Azuay. Claudio aceptó y me pidió que colabore con él en este encargo.

Nos reunimos para planificar y orientar la labor que teníamos por delante. Estábamos de acuerdo en que la letra debía estar alejada de lirismos ampulosos y, a veces, sin sentido.

Con esa claridad que le caracterizaba dijo: primero escojamos las ideas que deben aparecer y luego veremos cómo las hacemos versos y estrofas.

El trabajo de seleccionar las ideas fue estrictamente intelectual. Tomamos escritos que hablaban de los principios que orientan el quehacer universitario, como el de Hernán Malo: «Universidad, sede de la razón», publicado originalmente en 1976.

De esos textos seleccionamos los conceptos de que la UDA debía ser un espacio abierto, sin dogmas, pluralista, diverso, para personas de mente clara, de paz y solidarias, que se propongan cuidar el mundo, que las aulas debían ser *sedes de la razón*.

Son esas ideas hechas versos las que hoy se cantan en los actos solemnes. Una confesión: me gustaría ampliar el concepto de sede de la razón a sede de la sabiduría. La razón sola puede ser muy fría. La sabiduría es razón con corazón.

He explicitado el proceso que llevó a la escritura del himno porque nos muestra otra faceta de Claudio: era un hombre de ideas.

«Claudio me hizo leer...»

La frase anterior está entre comillas y no pertenece a una sola persona. Estoy seguro de que muchos de los que fueron sus alumnos la suscribirían con gusto: «Claudio me hizo leer...».

No era un profesor *light*. Es más, tenía serios reparos hacia cierta pedagogía. Era un profesor serio. Llevaba sus notas y orientado por ellas desgranaba sus clases llenas de ideas. Y hacía que sus alumnos lean.

Tanto mi esposa como dos de mis hijos fueron, en distintos momentos, alumnos de Claudio. Con muy pocos matices, los tres recuerdan que Claudio «les hizo leer».

D

«Hacer leer» se dice fácil, pero implica tener una gran variedad de libros leídos para sugerir a todos y cada uno de los alumnos procedentes de distintos grupos sociales y con intereses diversos. Claudio era un lector infatigable y siempre actualizado, dotado, además, de una gran memoria. Ello le permitía recomendar libros interesantes, comentarlos y responder preguntas de los alumnos, si era el caso.

A mi esposa, hace ya bastantes años, le pidió que lea *El hombre unidimensional*, de Herbert Marcuse, cuando para muchas personas este autor no era ni siquiera un nombre.

Hizo leer a muchos. Les hizo leer libros útiles, de ideas, de pensamiento. Por supuesto, eran frecuentes las recomendaciones de libros de antropología. Así hizo que muchos alumnos entren en ese inmenso mundo de las ideas escritas.

Ideas escritas

Las dos palabras me permiten pasar a lo que más quiero destacar de Claudio.

Aquella frase «*Verba volant scripta manent*» es tan vieja que está en latín, y afirma que las palabras ora-les vuelan, o como diría Bécquer: las palabras son aire y van al aire, en donde se desvanecen, por supuesto.

La palabra escrita, por el contrario, permanece. Permanece en función del material en el que haya sido impresa. La piedra de Roseta nos trae mensajes del siglo II a. C. por estar grabados en piedra.

Cuántas clases magistrales se han perdido, cuántas ideas, cuánta poesía, cuánto amor y dolor se disolvieron en el aire...

En una de las tantas conversaciones-discusiones que mantuvimos ponderaba a Claudio la inteligencia de... Con ese cierto escepticismo que le caracterizaba me dijo medio socarronamente: ¿Puedes prestarme al-

guno de los escritos de esa persona tan inteligente para que yo también pueda apreciar su valía?

No pude hacerlo, porque esa persona, definitivamente inteligente, no dejó sus ideas por escrito. Tal vez algún texto mínimo, nada más.

Ante mi impotencia, él avanzaba: «Hay que escribir. Si uno cree que tiene algo que decir, tiene que escribirlo para que permanezca, para que los que vengán puedan tener acceso a esas brillantes ideas».

Muchas veces me repitió: «Tienes que escribir». Fui obediente. Las dos novelas que he publicado, lo hice impulsado por las palabras de Claudio: «Hay que escribir».

Él sí escribió e hizo escribir.

Alguna vez, al ver alguna nueva publicación comentábamos que ojalá dure y perdure, que no sea: Año uno, número 1 y... nada más. Revistas que nacen con ilusión y se frenan ante las dificultades que implica tener una publicación periódica, permanente.

Claudio tiene el mérito de haber dirigido muchos números de revistas de publicación periódica y por muchos años: *Artesanías de América*, del CIDAP y *Universidad Verdad*, de la Universidad del Azuay.

Se dice fácilmente que dirigió e hizo que esas revistas permanecieran en el tiempo, pero qué difícil es hacerlo. Se debe seleccionar temas, buscar a los posibles escritores, pedirles que entreguen en los plazos acordados, recordarles, etcétera.... sin hablar de las posibles limitaciones económicas. En esas revistas escribí e hizo escribir.

«La cultura popular en el Ecuador»

Para mí, su más grande contribución a la patria que amó fue la colección editada por el CIDAP: «La cultura popular en el Ecuador», con sus catorce números: Azuay,



Rubén Sotelo Cano, *Gallinas*, arcilla, Paraguay. Colección CIDAP

* **Joaquín Moreno Aguilar** (Cuenca, 1946). Estudios de Lengua y Literatura en la Universidad de Cuenca. Fue profesor del colegio Daniel Córdova Toral, encargado de publicaciones en el Centro Interamericano de Artesanías y Artes Populares (CIDAP). En la Universidad del Azuay fue subdecano, decano, director de escuela y vicerrector. Ha publicado dos novelas humorísticas y diversos artículos en las revistas *Artesanías de América*, *Universidad Verdad y Coloquio*.

Cañar, Tungurahua, Loja, Chimborazo, Manabí, Imbabura, Carchi, Esmeraldas, Cotopaxi, Bolívar, Los Ríos, El Oro y Pichincha.

De los monumentos históricos se puede realizar levantamientos completos: fotografiarles, filmarles, hacer sus planos, medirles. Pero la cultura es diferente, está viva, bulle, fluye, se agita, cambia. Los que hoy es, mañana a lo mejor fue. Y lo que aún no existe, mañana puede ser presencia y vivencia.

Claudio quiso realizar una fotografía de la cultura popular. Un corte de su estado en un determinado momento; por ejemplo, las ceremonias de compadrazgo, cómo se confeccionaban ciertos tejidos, los juegos populares que existían, las leyendas, las tradiciones, las ceremonias de curación, las plantas que se consideraban medicinales, entre muchos otros aspectos que conforman la cultura popular. Son estudios tan importantes, que lo único que se me ocurre para destacar su valor es decir: ¡Qué lindo habría sido tener estudios similares a estos realizados, por ejemplo, a mediados del siglo XIX!, ¡qué rica información tendríamos acerca de los temas que he enumerado! Pero estos estudios no existen.

Sintiendo esa importancia y ese vacío, Claudio se empeñó y seleccionó a investigadores, escogió temas, marcó las rutas por las que debían caminar, los datos que debían recoger.

Juan Martínez, Harald Einzmann, Napoleón Almeida, Segundo Moreno, Marcelo Naranjo, fueron los encargados de hacer este corte para que las futuras generaciones puedan decir: «En el año... en la provincia de... los trajes populares eran... etcétera, etcétera».

Esta es, para mí, su más grande contribución. Contribución grande y a la que se apreciará mejor cada vez, y se valorará más la profunda visión antropológica de Claudio Malo González que la ideó, la orientó y la hizo realidad.

Cuenca, 5 de enero de 2023

CLAUDIO MALO GONZÁLEZ, UNA PRESENCIA ENTRAÑABLE

Dora Giordano*

Si miramos hoy, con perspectiva histórica, el contexto cultural de la segunda mitad del siglo XX, compartimos aquellas pulsiones de un pensamiento americanista que anticipaban los antropólogos. Claudio Malo era uno de esos antropólogos.

Lo conocí en Buenos Aires, en el año 1984, en plena euforia argentina, celebrando la vuelta a la democracia. Fue, entonces, cuando un amigo común nos invitó a una cena. Simplemente —según dijo— quería reunirse a conversar con dos personas desconocidas entre sí, pero muy cercanas a él.

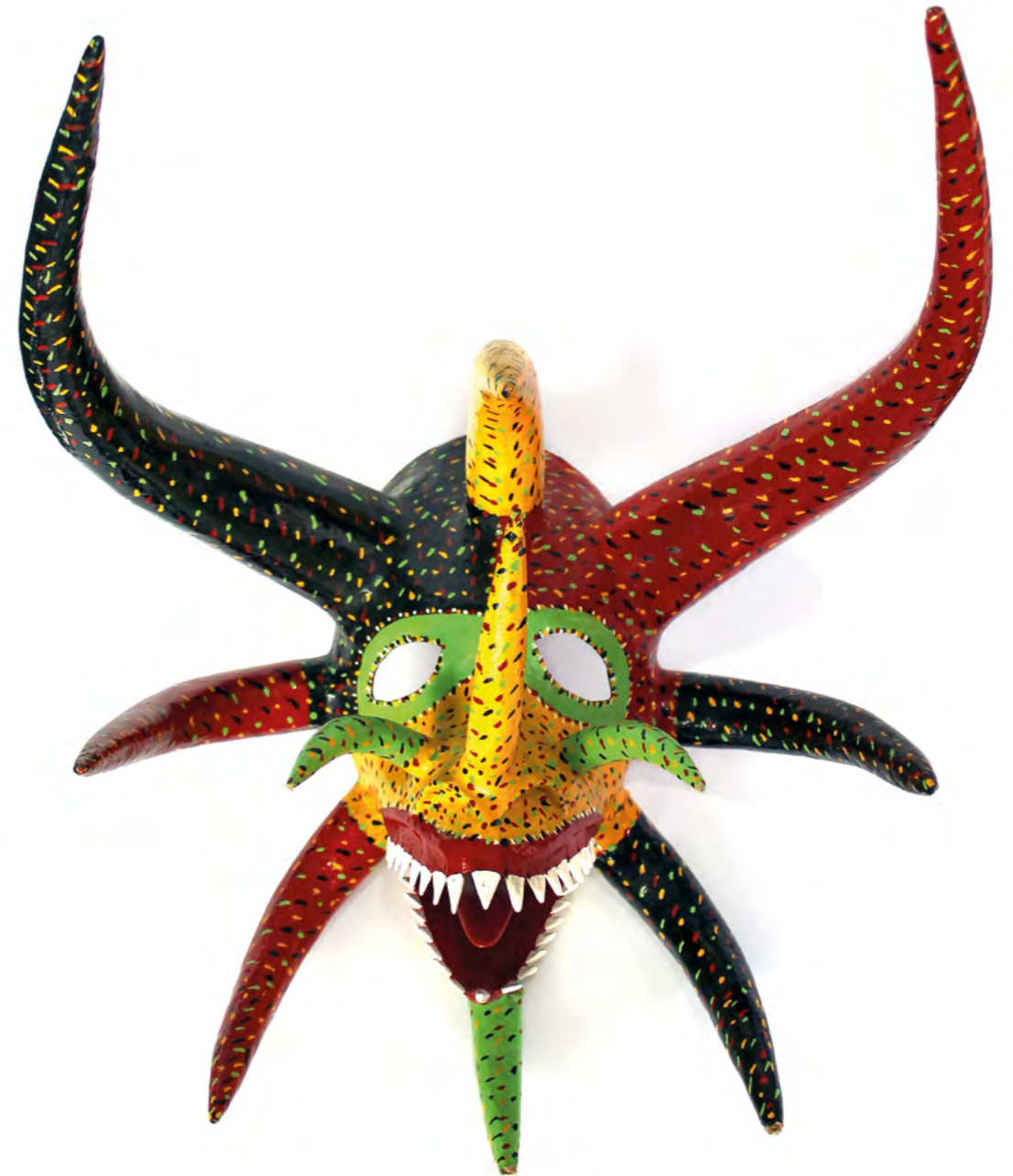
Las referencias sobre Claudio Malo me mostraban un destacado académico ecuatoriano, sociólogo y antropólogo, estudioso de Latinoamérica. Había venido a Argentina para dirigir un curso de CIDAP-OEA, en la provincia de Catamarca.

Esa noche fuimos presentados por el anfitrión; seguramente compartíamos las mismas expectativas: participar de una amable reunión social. Y así ocurrió. Claudio nos habló sobre la fundación de la primera escuela universitaria de Diseño en Ecuador, poniendo énfasis en la relevancia local y regional del hecho. Asimismo, se explayó sobre la intención de construir vínculos entre el profesionalismo del diseño y la producción artesanal.

En ese momento, nada me hacía suponer que Claudio estaba buscando, en Argentina, un asesoramiento académico para el proyecto de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, sede Cuenca (PUCE-SC). Más adelante supe que mi nombre había surgido en esa búsqueda y que aquel encuentro social fue una ocasión para conocerme personalmente, sobre todo para conocer mi posición ideológica sobre el diseño.

Sus comentarios llevaban a un objetivo muy preciso: concebir el diseño en la lógica de las técnicas artesanales. El pensamiento binario había naturalizado

D



Miguel Carvallo, *Máscara del carnaval de Ponce*, papel, Puerto Rico. Colección CIDAP

las dicotomías en nuestro inconsciente; la problemática del diseño se planteaba en términos extremos: diseño industrial o diseño artesanal con base en la relación impuesta por el modelo occidental; es decir, desarrollo-subdesarrollo.

Sin embargo, en las disciplinas del conocimiento ya se veían indicios claros de una vertiente focalizada en la «no dependencia». Se trataba de situar al diseño en ese contexto de pensamiento y las consignas emergentes aludían a «modos productivos diferentes, en contextos diferentes», desechando los determinismos.

Volviendo a la cena, podría decir que, con naturalidad o quizá no tanto, la conversación casi no se desviaba del tema expuesto por Claudio Malo.

Descubrimos coincidencias en la interpretación de una época aún velada por rótulos deterministas, como posmodernidad (una ruptura sin propuesta) o modernidad tardía (una continuidad del mismo proceso).

Quiero recordar, ahora, un matiz constante en esa noche, me refiero a la dosis de humor que Claudio Malo supo agregar a la conversación. Después, conociéndolo más, pude disfrutar de sus notas y comentarios humorísticos, siempre sutiles y oportunos. Pienso que no es casual que fuera gran admirador de «Les Luthiers», un grupo argentino calificado en Iberoamérica como referente en el arte del humor.

Al término de aquella reunión nos despedimos coincidiendo en el deseo de repetirla en otra ocasión. Nuestro anfitrión quedó complacido.

Al día siguiente me sorprendió una llamada telefónica de Claudio Malo; me invitaba, formalmente, a asumir la asesoría académica en el proyecto de la PUCE-SC. Su propuesta representaba un excelente desafío en mi carrera académica y, más aún en lo personal. Sin embargo, aparecían dudas, pensando en todo lo que dejaría en suspenso, durante seis meses. Pero me entusiasma.

A su regreso del curso, en Buenos Aires y antes de viajar a Ecuador, volvimos a conversar, precisando pormenores del proyecto. Obviamente, acepté la misión que me proponía Claudio.

Luego, el rector de la PUCE-SC cumpliría con el protocolo de invitación dirigido a la Universidad de Buenos Aires. Vale mencionar que, tanto el decano y los miembros del Consejo Directivo de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, como el rector de la Universidad de Buenos Aires, destacaron el valor del vínculo con un país latinoamericano después de sufrir proscripciones por parte de la última dictadura militar, durante muchos años.

Comenzaba así mi futura tarea en Cuenca; por entonces era solo una preparación, pero veía necesario estar allá para comprender las características locales y poner en contexto los temas académicos. Las lecturas no eran suficientes, solo reforzaban mis convicciones.

En febrero de 1985 yo llegaba a Cuenca con muchas preguntas, pero confiando en aquel proyecto que Claudio me había comunicado, desde una mirada antropológica. Siempre pensé que la variabilidad en la problemática del diseño depende de esa mirada.

A la vez, me conmovía ser parte de un proceso de construcción de conocimiento alejado de la ideología industrialista. La búsqueda partía de un pensamiento alternativo, renunciando a esa neutralidad positivista arraigada en nuestras universidades, como pseudoherencia del racionalismo europeo.

Durante mi vida en Cuenca, la Escuela de Diseño fue el centro de mis actividades, pero también era asidua visitante del CIDAP. Allí encontré un ámbito de acercamiento a la artesanía y a los artesanos; allí había, además, una historia del patrimonio, de valor referencial para el diseño.

D

Claudio era su director y ya me había hablado sobre esa institución, situándola como prólogo genuino de la Escuela de Diseño. El germen estaba en ese lugar, donde comenzaron a prever la formación de diseñadores para potenciar la producción artesanal. Precisamente él era quien encarnaba el vínculo entre el CIDAP y la Universidad.

Comencé a encontrar respuestas, casi sin necesidad de formular preguntas.

Hoy podría decir que todo se hallaba a la vera del camino, solo había que observar, registrar y procesar la información que ofrecía la deriva en los recorridos por la ciudad, en la interacción con su gente y en los detalles.

El trabajo que realizábamos con el director de la Escuela, Diego Jaramillo, requería una disciplina cotidiana, a lo que sumábamos el diálogo con profesores, con maestros artesanos y con estudiantes.

Ese mismo año CIDAP-OEA realizaba una de las convocatorias anuales a becarios artesanos-artífices latinoamericanos. La diversidad convergía en esos cursos, generando un ámbito de convivencia muy interesante en las clases, en los paseos organizados y en las reuniones improvisadas. El taller era el lugar de producción de diseño, integrado a un programa multidisciplinar.

Claudio, director de esos cursos, propuso mi participación en el equipo de profesores de Diseño, junto a Diego Jaramillo por Ecuador, y a Alfonso Soto por México.

Sin interrupciones, los cursos continuaron año tras año en Cuenca, bajo la dirección de Claudio y con el mismo equipo de profesores.

La Escuela de Diseño comenzaba a despertar interés, tanto en la comunidad académica como en la ciudad. Se realizaron exposiciones, eventos nacionales e iberoamericanos, auspiciados por CIDAP-OEA; tam-

bién en esos años, la Universidad (PUCE-SC) organizó el Primer Congreso Nacional de Diseño.

El tema se había instalado, realizábamos intervenciones, conferencias, exposiciones y debates.

Habíamos previsto, con Claudio Malo, que el proceso iba a ser complejo; las propuestas simplistas quedarían en idealizaciones, sin trascender el discurso y la denuncia. Asimismo, había que rever la noción de identidad en su condición de estructura simbólica fija; lo que hubiera derivado en homogeneidad y repetición, constituyendo un sistema cerrado, sin posibilidad de transformación en el tiempo.

Habíamos posicionado la Escuela de Diseño, suponiendo una dinámica de transformaciones con sentido de pertenencia cultural.

Tomábamos referentes latinoamericanos, y también extranjeros como Gui Bonsiepe, con intervenciones en América Latina, o K. Frampton, quien advertía el peligro de volver a la cultura local en términos de «simulación sentimental de lo vernáculo».

Coincidíamos. La recuperación cultural no podría quedar en la valoración gozosa de un patrimonio histórico; tampoco el diseño podía quedarse en aplicaciones y versiones, con connotaciones de autenticidad. Pasado y presente debían conjugarse en una dialéctica permanente. Los referentes teóricos elegidos o los emergentes de ese enfoque iban a completar una propuesta coherente con la fundamentación ética de nuestra búsqueda, más allá de los planteos posmodernistas anclados en la complacencia por los *revivals* y los *neos*.

Era allí donde estaba la punta del ovillo y, siguiendo ese hilo, íbamos a encontrar el rumbo del diseño en los particularismos. El marco de referencia estaba en los desarrollos de la antropología sobre la identidad; nosotros estábamos transitando un proceso que partía de esa problemática y... contábamos con Claudio Malo.



Felipe Anciola, *Amor eterno*, máscara tallada en madera, México. Colección CIDAP

En ese contexto comenzábamos el segundo año en la Carrera; habíamos armado la programación curricular y también iniciado un proceso simultáneo de innovaciones pedagógicas en la relación teoría-práctica. Desechábamos la aplicación de teorías heredadas y los métodos del pensamiento deductivo.

Buscábamos consenso en el equipo de profesores respecto de los modos didácticos; dictábamos seminarios para profesores referidos a la concepción, los objetivos y la instrumentación de la Carrera en el proceso de enseñanza-aprendizaje. Asimismo, comprobábamos que el campo disciplinar no constituye un ámbito cerrado, que los límites son permeables a la incorporación de factores externos.

Claudio acompañó ese proceso, siempre fue referente del marco antropológico, siendo profesor de esa asignatura en la Carrera. Eran frecuentes las reuniones

en el CIDAP, en la Universidad, y también hubo largas sobremesas en su casa, incluyendo muchas veces a Sebastián, su hijo mayor, estudiante de la primera promoción de la Escuela.

Así transcurrió el tiempo, intenso, vital, con gran despliegue de recursos por parte de la Universidad; el proceso tuvo resultados gratificantes en la instancia de evaluación. Fue difícil dejar todo aquello vivido con intensidad. La práctica fue un trabajo conjunto de profesores y maestros artesanos en relación con los estudiantes. También lo fue la construcción de vínculos con las disciplinas de marco y con las técnicas instrumentales.

Revisamos los modos de comprender la historia del Diseño: nuestra lógica de sentido nos llevaba a desechar el relato lineal para componer el análisis comparativo, relacionando pasado-presente y Norte-Sur.

D

Así terminaba mi misión en la PUCE-SC; regresaba a Buenos Aires con emoción en la despedida, no solo por dejar el proyecto académico, sino también por los amigos, entre ellos, Claudio.

Sin embargo, al finalizar el ciclo lectivo en Argentina las autoridades de la PUCE-SC solicitaron mi continuidad en la Escuela de Diseño.

Se firmó, entonces, un convenio marco con la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de la UBA para facilitar las gestiones.

Claudio Malo, desde la dirección del CIDAP, volvía a designarme en el equipo de profesores de los cursos para artesanos-artífices latinoamericanos.

Así sucedieron idas y vueltas periódicas durante un largo tiempo hasta completar, avanzando año a año, todos los ciclos del pensum, el taller de tesis y la dirección de tesis con la primera promoción de diseñadores.

Mi tarea docente fue casi continua, así como también el trabajo simultáneo con el director de la Escuela; escribimos artículos y material didáctico para publicar. Claudio había puesto a nuestra disposición la *Revista de Investigaciones* que él dirigía en la Universidad. En pocos años, la PUCE-SC pasó a ser la Universidad del Azuay, y la Escuela de Diseño obtuvo la condición de Facultad. El proceso continuaba con una matrícula numerosa y los profesionales del Diseño ya tenían presencia en el medio local.

* **Dora Giordano**. Catedrática e investigadora argentina. Arquitecta por la Universidad Nacional de Buenos Aires (UBA), directora del Centro de Heurística de la Secretaría de Investigaciones de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo (FADU-UBA). Actualmente es profesora emérita de la UBA y de la Universidad del Azuay.

Vale mencionar que la relación entre profesores y estudiantes tuvo una extensión más allá de las aulas; en ocasiones nos uníamos en trabajo conjunto con artesanos del medio, exponiendo la producción de prototipos de diseño en diferentes ámbitos de la ciudad. También hubo una participación conjunta en campañas y concursos a nivel nacional, donde se obtuvieron premios significativos.

Quiero recordar a Claudio Malo participando en esta edición de la revista *Coloquio*.

Quiero expresar mi admiración hacia él, valorando sus reflexiones. Le gustaba hablar y escuchar, en largas conversaciones; fue muy importante su compromiso con la Carrera en la Universidad y su colaboración permanente desde la dirección del CIDAP. Siempre fue un referente de consulta, dispuesto a responder o proponer desde el pensamiento crítico y a formular preguntas inteligentes.

Aún durante los años de pandemia seguimos comunicados; cuando yo conversaba con su esposa, él se unía con gusto. La última vez que hablamos había sugerido una próxima, brindando por todo lo que fue.

Mi cariño para él, fue una presencia entrañable hasta el fin de su tiempo.

D



Claudio Malo, director del CIDAP, recibiendo un recuerdo en el Curso de artesanos artífices, 1980. Archivo del Centro de Documentación Claudio Malo González, CIDAP



Aniversario del Museo de Chordeleg, 1986. Archivo del Centro de Documentación Claudio Malo González, CIDAP

D



◀ El ministro de Educación y Cultura Claudio Malo en la inauguración de la campaña de Alfabetización en Imbabura, c. 1982. Archivo familiar

▲ Bailando con la delegación del Chota en la presentación de la Campaña de Alfabetización en Imbabura, c. 1982. Archivo familiar



▲ Aula de alfabetización bilingüe en Imbabura, c. 1982. Archivo familiar

▶▲ Una alumna del Normal Colta Monjas saluda al ministro Claudio Malo, c. 1982. Archivo familiar

▶▼ Recepción del pueblo shuar, c. 1982. Archivo familiar





Bienvenida de los niños shuar al ministro
Claudio Malo, c. 1982. Archivo familiar

D



En Sucúa, revisando el material de alfabetización, c. 1982. Archivo familiar



Inauguración de escuela bilingüe en Bomboiza, c. 1982. Archivo familiar

D

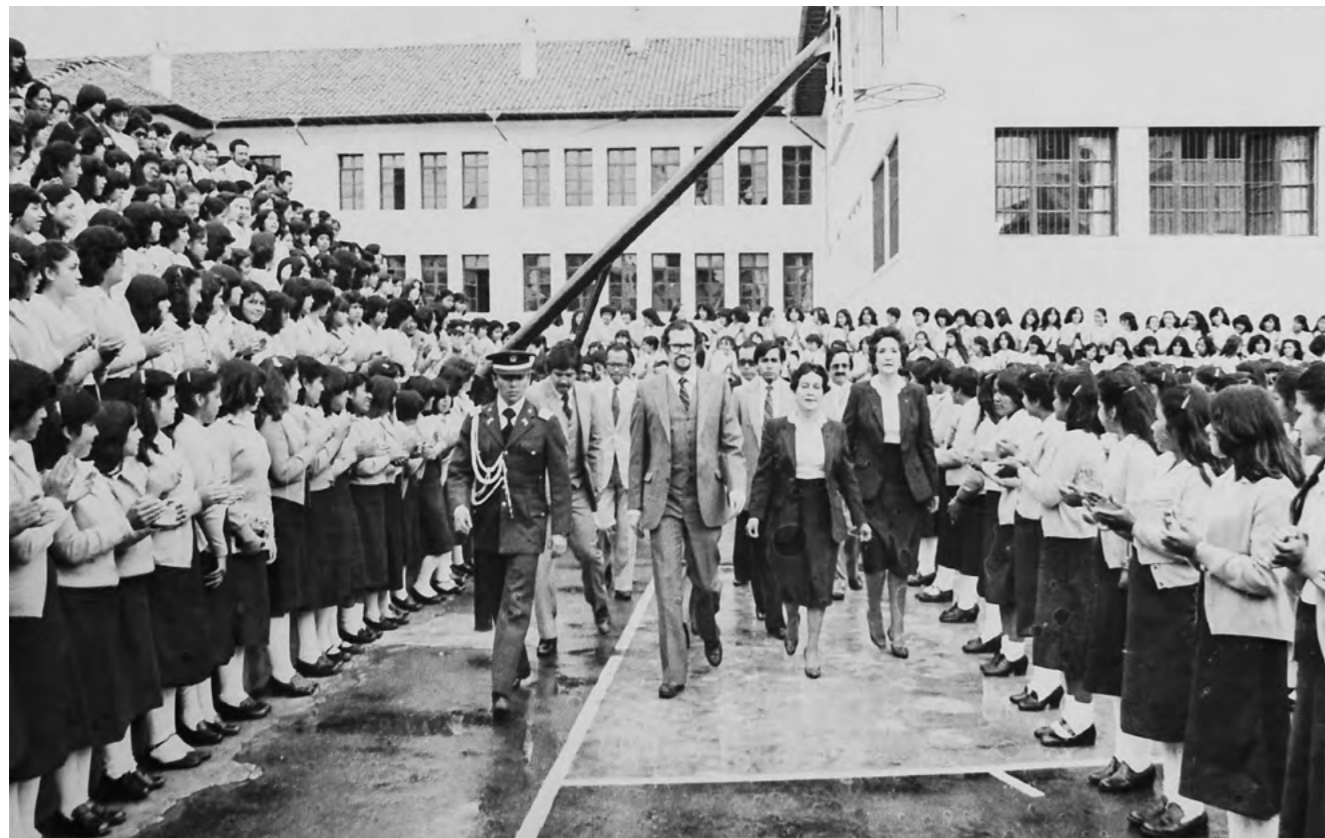


Concentración por la Campaña de Alfabetización en Guayaquil, c. 1982. Archivo familiar



Entrega de laboratorio de computación en el colegio 28 de Mayo, Guayaquil, c. 1982. Archivo familiar

D



▲ Entrega de laboratorio de idiomas en el colegio Manuela Garaicoa, Cuenca, c. 1983. Archivo familiar.

◀ Visita del ministro Claudio Malo al colegio República de Rumania en Carcelén, Quito, c. 1982. Archivo familiar

◀ Visita al colegio Manuela Cañizares, Quito, c. 1982. Archivo familiar

D



Inauguración de los edificios de Filosofía y Administración de Empresas de la actual Universidad del Azuay, 20 de mayo de 1983.
De izquierda a derecha: Teodoro Peña Carrasco (Ministro de Vivienda), Jamil Mahuad (Ministro de Trabajo), Claudio Malo (Ministro de Educación y Cultura), Osvaldo Hurtado (Presidente de la República), Hernán Andrade S. J. (Rector de la PUCE), Juan Cordero Íñiguez (Decano General Administrativo), Pedro Córdova (Alcalde de Cuenca). Archivo familiar.